

BEBÉ

(Continuación).

No te extrañe encontrar manchas y borrones en estas líneas... ¡Estoy llorando, Fausta, estoy llorando!... Tal vez te asombre tanta desesperación y tanta tristeza... Para que no me tildes de loca ni de muñeca, te explicaré cómo por momentos, el nido se enfría, y mi Pepe y yo, sus mordedores, enmudecemos como aves tristes ó enfermas.

Si, me privan del cariño de Pepe; si, si que acabarán por robármelo... ¿Quién? Su madre; una señora que sería una santa perfecta, si no fuese tan egoísta en sus sentimientos maternos. Además, esta buena señora, que me decía, abrazándome, cuando me casé con Pepe: «— Ahora tendré dos hijos», me engañó de medio á medio... Debí decirme: «— Ahora tendré dos hijos en vez de uno; dos hijos que me mimen, me cuiden, y á quienes yo imponer en todo mi voluntad.» Si, Fausta de mi alma; aquí, sólo ella manda. Yo no soy otra cosa que la mujercita de su hijo, á la



do á tu marido como una loca, para darle un beso ó cogerle las flores que te quitó de la cabeza para enfadarte agradablemente? Pues no se corre. «¿Qué es eso? ¿Hay chiquillos en la casa ó personas formales que constituyen una familia?» Te gusta darle á tu esposo un pedacito de dulce después de morderlo tñ... ¡Imposible! Allí delante, tienes á la santa señora, que no permite esas babosidades, como ella dice, añadiendo que eso es faltar al respeto á los ancianos. En nosotros, sería falta de respeto, pero en ella es poca consideración no dejarnos solos alguna vez. ¡Solos! ¡Si los celos la devoran cuando, por fuerza, se aparta de nosotros para ir á descansar!... ¡Ay, Fausta! ¡esto es horrible! La nieve de la ancianidad, está apagando el fuego de la juventud... Hasta yo experimento el frío de la vejez... El amor, siente entumecidas sus alas; ya no aletea, ya no es travieso, ya no sonrío... Triste, sintiendo frío, aun está junto á nosotros por compromiso; pero ya lo verás, Fausta, ya lo verás: el día menos pensado, hace un esfuerzo, abre las alas... y se lo encuentran, alegre y retozón, deshojando flores y corriendo por el huerto, las inocentes niñas del colegio de Loreto.

Llevo escritos tres pliegos y estoy cansada... ¿Ves? Comunicándote mis penas, parece que se me ha aliviado un poco la cabeza... Si estuviéramos juntas... ¡y en el colegio!... Tú, tal vez encuentres exagerada mi desesperación: pero ¡si estuvieses en mi caso!... Hay tantos detalles imposibles de describir...

Adiós, mi querida Fausta... Nadie sabe que te escribo... Comprenderás que la indole de mi carta, no es para leída á Pepe ni á su madre...

Saluda en mi nombre á tu esposo, y tú recibe un abrazo muy apretadito, de tu amiga

CARLOTA.

Madrid, 20 Marzo, 90.

P. S. Si al contestarme, hablas de lo que en ésta te digo, escríbeme, por Dios, el nombre de mi doncella, que se llama Celestina Diéguez, y así, tu carta no la leerán mi suegra ni mi marido.

CARTA TERCERA.

Fausta querida: ¡Cuánto agradezco tus consuelos! ¡Qué afán tan noble descubro en tus palabras! Encontrando exagerado mi dolor, me aconsejas la resignación para esperar el día en que, sola con Pepe, pueda gozar lo que tú y tantas otras habéis gozado... ¡Esperar!... ¿Y la juventud? ¿espera también la juventud? No, la juventud pasa, y presiento que si el corazón se enfría del todo, la vida en adelante ha de parecerme más triste, doble arida que ahora, por que no tendré dulces recuerdos que acaricien mi mente y caldeen mi corazón... ¡Una vez sin recuerdos gratos!... ¡Qué cosa tan triste! ¿Verdad, Fausta?

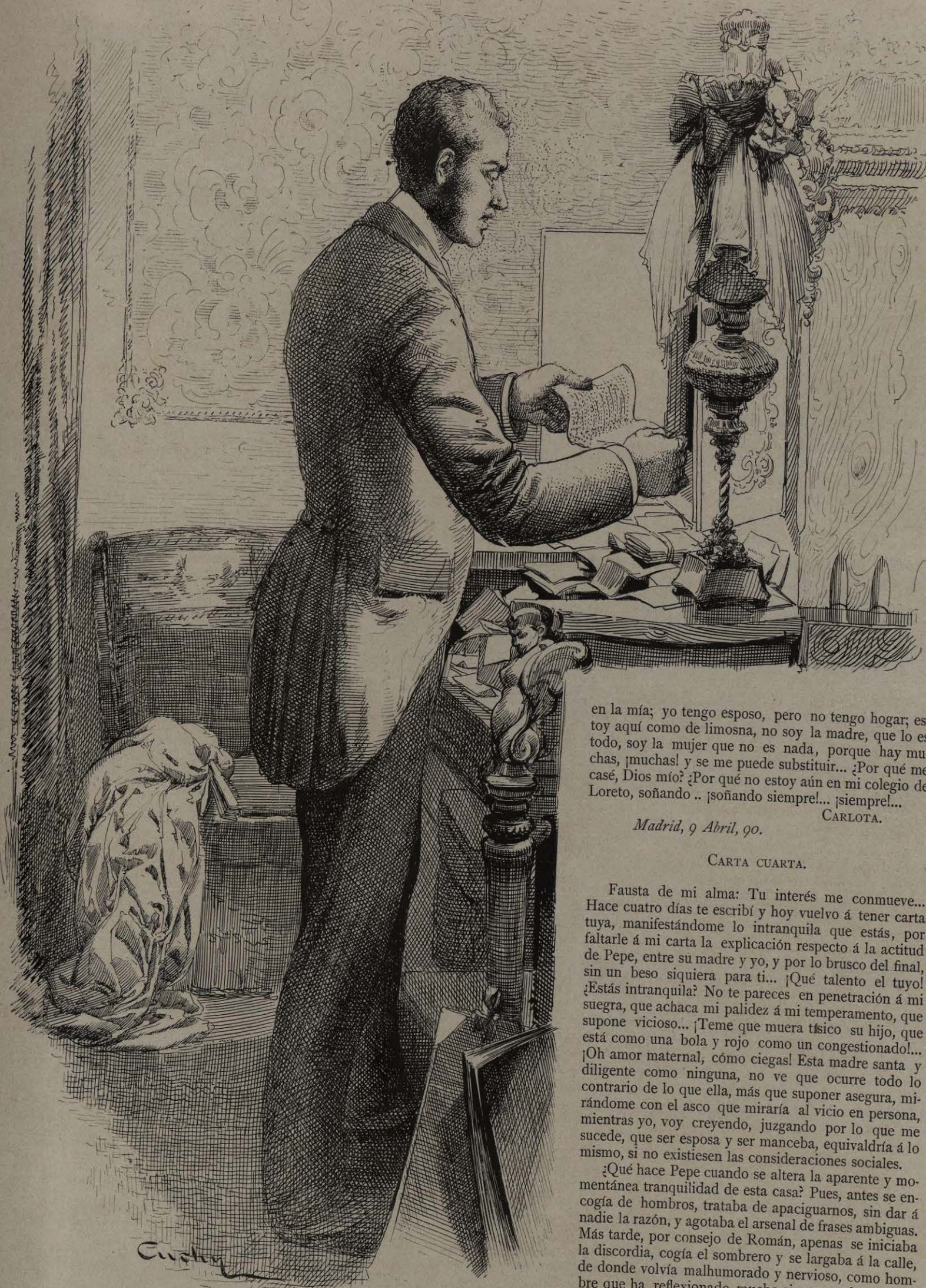
Me aconsejas en tu hermosa y consoladora carta (consoladora por lo tierna), que le diga á Pepe lo mismo que á ti, y él, seguramente, sabrá poner término á mi aflictiva situación, si es cierto que me ama... ¡Ay, Fausta mía! ¿Crees que Pepe no siente lo mismo que yo, aunque no se atreva á confesármelo? Cien veces en cien noches, juntitos en el lecho, hemos abierto la bálbula del corazón, para dar salida á todo lo que en él guardamos: anhelos, nostalgias de felicidad y de paz, penas, dolores, todo, todo... ¡hasta tonterías de esas que convertimos en grandes cosas los que amamos, y que lo mismo concluyen en una explosión de besos, que en una explosión de llanto!... Entonces, mi Pepe me da la razón; estoy en lo justo; su Bebé, como él me llama también, es un ángel, su Bebé tiene derecho á ser la amita de su corazón, á reír, á cantar, á correr, á besarle siempre, siempre, siempre... Lo que dice el amigo Román, que creo haberte mencionado ya: «La juventud es la felicidad.» Bueno, pues yo soy joven y no veo la felicidad más que de once á una de la noche, y esto, cuando mi señora suegra no prepara durante el día, un eclipse total. Mi felicidad, viene á ser hermana de un Cupido lascivo, porque casi siempre se me aparece con él... Cree, Fausta, que muchas veces, me repugna mi felicidad... ¡Ay! Yo no sé si todos los hombres serán como Pepe; pero, si lo son, ignoran como él, que á la mujer joven que sueña y ama, no siempre le palpitan á un mismo tiempo, el corazón y la carne... Pero, no quiero seguir ahondando en este terreno... Eso... aun sería soportable, y hasta me parece que no sucedería, si nuestra felicidad pudiera ver solita la luz del sol.

Vuelvo á la conducta de Pepe, puesto entre su madre y yo... Algunas veces le compadezco sinceramente; otras, me descorazona su falta de energía... Para que tú juzgues mejor el por qué de mi compasión y de mi pena, el de la pena de Pepe y su falta de energía, así como también sus fatales consecuencias, trataré de describirte, lo mejor que sepa y con todos sus detalles, un día cualquiera de estos que, unidos por el tedio, forman la cadena de mi vida infeliz. Verás:

La economía impone que se planche en casa toda la ropa, escepto las camisas, cuellos y puños de Pepe... Esto está muy bien y es justo, no siendo millonarios... Para algo aprendí á planchar en el colegio... Ya estoy con las manos en la ropa, cuando entra mi madre política, á buscar con cuidado una pieza que tenga algún descuido; luego, hace observaciones sobre si se echa mucho ó poco carbón en el hornillo, sobre si las planchas han de estar más ó menos calientes, y hasta sobre si cuando ella era joven, se planchaba de otro modo, con lo cual, da á entender que ella lo haría mejor... Ya siento impulsos de decirle, «pues hágalo usted, señora», cuando me ordena que la ropa de su hijo no la planche, pues la planchará ella, y como si replico hay jarana, callo y obedezco, ocultando mis lágrimas. ¿Limpias un mueble? pues ella lo limpia luego también, como si yo lo hubiera hecho mal, para decir cuando se presenta la ocasión, que ella lo hace todo. «¿Qué sería de la casa sin mí!» ¿Coloco una cosa en un sitio? pues ella lo traslada á otro, como persona del mejor gusto imaginable. ¿Digo yo blanco? pues ella dice negro... ¿Hay paciencia que baste? No es posible... Los seres somos de carne y hueso, no de piedra, y por paciencia que una tenga, se exalta... En calidad de conversación familiar, te ofrezco la siguiente de mi suegra, sumamente agradable: — «¡Las madres!» ¡Oh! Cuando yo muera (que será, seguramente, después que yo) ¡cuántas veces me ha de nombrar mi Pepito! Lo que él dirá: — «Como mi madre no había otra! ¡sólo para mí vivía!... Ya verás como dice eso, Carlota; yo no lo oír, pero tú, sí... Y es lógico; no hay nadie como una madre para querer á los hijos, y los hijos, cuando son tan buenos como mi Pepe, á nadie quieren como á su madre. Naturalmente, madre no hay más que una, mujeres... mujeres hay muchas, ¡muchas!... Un buen hijo, entre la mujer ó la madre, se queda con la madre, porque ésta es antes que todo.»

Vamos, convén conmigo, querida Fausta, que hay para comerse... á besos, á esta buena señora, cuando habla así... Mujeres hay muchas, las madres son antes que todo ¿eh? ¡Mentira! ¡mentira! La mujer es antes que la madre, porque si no hubiera mujeres que amasen, las madres no existirían.

¡Fausta, Fausta! La razón se me escapa; me veo ya en los senderos de la locura de que habla Román, el amigo de mi esposo... ¡Esto es horrible!... Esta señora manda, ordena, dispone, organiza y no hay quien la ataje en sus excelentes dotes de ama de su casa... ¡Su casa!... Luego yo no estoy



en la mía; yo tengo esposo, pero no tengo hogar; estoy aquí como de limosna, no soy la madre, que lo es todo, soy la mujer que no es nada, porque hay muchas, ¡muchas! y se me puede substituir... ¿Por qué me casé, Dios mío? ¿Por qué no estoy aún en mi colegio de Loreto, soñando... ¡soñando siempre!... ¡siempre!...

CARLOTA.

Madrid, 9 Abril, 90.

CARTA CUARTA.

Fausta de mi alma: Tu interés me conmueve... Hace cuatro días te escribí y hoy vuelvo á tener carta tuya, manifestándome lo intranquila que estás, por faltarte á mi carta la explicación respecto á la actitud de Pepe, entre su madre y yo, y por lo brusco del final, sin un beso siquiera para ti... ¡Qué talento el tuyo! ¿Estás intranquila? No te pareces en penetración á mi suegra, que achaca mi palidez á mi temperamento, que supone vicioso... ¡Teme que muera tñico su hijo, que está como una bola y rojo como un congestionado!... ¡Oh amor maternal, cómo ciegas! Esta madre santa y diligente como ninguna, no ve que ocurre todo lo contrario de lo que ella, más que suponer segura, mirándome con el asco que miraría al vicio en persona, mientras yo, voy creyendo, juzgando por lo que me sucede, que ser esposa y ser manceba, equivaldría á lo mismo, si no existiesen las consideraciones sociales.

¿Qué hace Pepe cuando se altera la aparente y momentánea tranquilidad de esta casa? Pues, antes se encogía de hombros, trataba de apaciguarnos, sin dar á nadie la razón, y agotaba el arsenal de frases ambiguas. Más tarde, por consejo de Román, apenas se iniciaba la discordia, cogía el sombrero y se largaba á la calle, de donde volvía malhumorado y nervioso, como hombre que ha reflexionado mucho sin provecho alguno. Pero, ahora es distinto; ahora toma parte en nuestras reyertas, y unas veces da la razón á su madre, para luego llorar conmigo, á solas en el lecho, donde cree culparme á mi, reprocha á su madre sus manías, lo cual atrae sobre mí, el odio de esta señora, que rompe en exclamaciones... — «¡Jesús, Dios mío!... ¡Mi hijo reconvenirme! ¡Ah! Y todo por esa mujer que me lo ha robado ¡me lo ha robado!» — Y rompe en sollozos y su rostro se inunda de lágrimas... Lo que entonces ocurre, no te lo puedes imaginar, querida Fausta, con todos sus violentos contrastes, aunque yo te lo describa extensamente... Pepe, que es buen hijo, demasiado buen hijo para ser buen esposo, trata de borrar con caricias el mal efecto de sus reproches, y se arrodilla ante su madre, y la besa, y le seca las lágrimas y, como reparación á ella, me dirige alguna que otra frase dura en su presencia... ¡Débil!... ¡siempre débil! Ni sus caricias á su madre son sinceras ni siente las insultantes palabras que me dirige en tales momentos. Y así va creciendo en él, una aversión sórdida al hogar, que en vano trata de ocultarnos á las dos. Yo volvería con inmenso placer á mi colegio de Loreto, pero él, gustoso se alejaría de nosotras... LUIS DE VAL

(Continuad).



LA SIEMBRA

La tierra que parecía exhausta, después de entregar á los hombres el pago de sus entrañas en forma de granos cargados de principios vitales, después de haber hecho florecer los árboles y dar vida á miríadas de insectos... como la hembra de fecundo seno, siente de nuevo la fiebre de la encarnación. No pueden sus entrañas permanecer inactivas. La ley de vida que le fué impuesta, quiere que conciba sin tregua ni reposo. ¡Salud y honor á la gran madre! Tus hijos han arrancado las plantas anuas que mantienen su existencia, los árboles se han despojado de su vestidura pomposa, los tubérculos que nutres en lo más recóndito de tus entrañas, han visto la luz del sol que vivificaba sus hojas, y has empezado la lenta reabsorción de los tallos decapitados, de las raíces sin tronco, del azoche que vaga libre por la región del aire. Las primeras heladas del otoño y las persistentes lluvias que sueltan las nubes saturadas de agua, han extendido sobre tu gran cuerpo, un manto obscuro y una atmósfera de indecible tristeza. Aquellos que por primera vez te contemplaran, creían que has agotado tus fuerzas y que descansas en brazos de la muerte.

No saben tu vitalidad inagotable; ignoran que cuando pareces entregada al reposo, es cuando más vivas hablas en tu seno esas voces que no desoyes nunca, y que te llaman á una nueva concepción. No puedes permanecer estéril, madre de la vida, y no bien te sientes redimida de los dolores de la maternidad, un anhelo poderoso, un deseo incontrarrestable exige que la eterna génesis se renueve, que la perdurable creación continúe.

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descansos! ¡Caiga la buena semilla dentro de la entraña fecunda! Abrid los flancos de la muerta viva, y la inerte simiente, en contacto con la tierra, renovará el milagro de la fecundidad, autora de la existencia.

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descansos! ¡Sembrad la buena semilla! Y por cada grano que sembréis, recogeréis cien granos, y cada esfuerzo tendrá decuplicada recompensa.

No dejáis sin semilla los campos. La naturaleza no puede permanecer inactiva.

Si no la fecundabais con el trigo y con los otros granos que sirven para alimento del hombre, las alas del viento se encargarían de subsanar vuestro descuido, y las zarzas y toda clase de plantas silvestres crecerían ufanas. ¡Sembrad! No dejéis yerma la tierra. Ella misma, produciendo las plantas que podéis aprovechar, os indica que para ser útiles necesitan sus fuerzas marchar por determinado camino. ¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descansos! ¡No os duela el esfuerzo; no penséis en el trabajo y en el cansancio que engendra! Pensad únicamente en la cosecha que ha de colmar vuestros afares, en el premio espléndido que recibiréis por vuestro trabajo, cuando veáis rebotando la troja, fermentando el mosto en los toneles, ardiendo el tuero en el hogar, y el grano que sembrasteis, calentando vuestro estómago, dando nueva fuerza á vuestra sangre, y más generosas y amplias ideas á vuestro cerebro!

La inteligencia del hombre es un campo tan vasto y tan fecundo como los que sobre el haz de la tierra distingue vuestra mirada. ¡Muchos se disputan el derecho de sembrar los campos de la tierra! ¡Cuán pocos tienen la abnegación de sembrar en el campo más fecundo aún de la inteligencia humana!

Si abandonamos la tierra á su propia dirección, las tierras de pan llevar se convertirán en bosques y selvas. No disminuirá su poder generador; pero se enderezará á otro fin. Los bosques no son útiles al hombre, sino cuando aprovecha su madera; las plantas menudas, muchas veces se pudren en el mismo punto en que han nacido, y sólo como abono aprovechan. Hombres somos y para la sociedad vivimos. No dejemos, pues, sin cultura el espíritu de nuestros hermanos.

Así como, en el seno de la tierra vegetal, sembráis los granos de trigo, sembrad ideas en el espíritu del hombre. No os arredre el cansancio; no creáis que pueda ser ingrata vuestra labor. No penséis en la fatiga presente; imaginad la cosecha futura. Por la fecundidad que en la tierra advertís, medid la fuerza germinadora de la inteligencia. Si los organismos rudimentarios, escondidos entre materias muertas, producen las maravillas de vegetación que encantan vuestros ojos, adivinad las maravillas que un organismo tan perfecto como es una idea puede producir, en contacto con la materia rediviva que integra el cerebro del hombre!

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descansos! ¡Sembrad la sana doctrina, como sembráis la buena semilla! ¡Sembrad, de continuo!

Sobre la tierra virgen de las vírgenes inteligencias caiga la semilla que ha de fructificar. ¡Que la cultura acabe con el yermo de la ignorancia! ¡Que la idea despierte la ideal! ¡Que la bondad llame á la bondad, antes que el abismo llame al abismo!

¡Sembrad! ¡Sembrad sin descansos! ¡Que las palabras santas de fraternidad y de amor arraiguen en la tierra, ha tiempo estéril!

Cuando todo promete la vida, cuando todas las energías y todas las células piden el germen que se reproduce, el aura vital que fecunda la materia y las almas; suene de una vez el grito de redención, la fórmula sagrada que ha de crear nuevos organismos, ha de engendrar nuevas vidas y ha de hacer que la humanidad progrese, por la religión del amor, la santa, la que viene de lo alto, la que redime cuanto emerge del campo inmenso, tan descuidado como fecundo, de la espiritualidad humana.

¡Sembrad! Decid á nuestros hermanos que ya ha llegado la buena nueva; que ya ha terminado el reinado de las castas. Anunciad que los hombres serán hermanos de los hombres; que los favorecidos por la suerte se considerarán dichosos con poder socorrer á los que padezcan hambre ó persecuciones; que los poderosos fraternizarán con los humildes; que la justicia imperará sobre la tierra, si acaso queda un déspota que se atreva á esclavizar á uno solo de sus semejantes.

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin tregua ni descansos! Y decid á los que duden, á los que se humillan voluntariamente, porque han pasado siglos y siglos bajo los hierros y amarrados á la argolla, que sus tribulaciones deben terminar, porque sus hermanos han reconocido que la tiranía sólo males engendra, y es cizaña y no trigo, rémora y no hélice, castigo y no premio, azote de los hombres, condenado á desaparecer desde el momento en que la ciencia ha hablado y las supersticiones callan.

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descansos! ¡Aun cuando la fatiga os rinda, aun cuando el trabajo os extenúe, por más que la labor persistente y continua agote vuestras energías... sembrad, sembrad!

Por el trabajo perenne se elevan las razas; por el esfuerzo persistente, mejoran los hombres; por el estudio, son fecundas las ideas. Labra el campo el humilde, que tiene fe en las fuerzas nunca agotadas de la naturaleza. Los que sabéis y podéis, labrad, labrad, sin desmayo, en el campo más vasto y más fecundo de la inteligencia humana. Y cuando, como fruto bendito de vuestra labor, veáis que todos los hombres empuñan las armas de la paz, en vez de las homicidas armas; cuando advirtáis que la solidaridad y el amor reinan sobre el mundo;... entonces, sólo entonces, arrinconad el arado y recogeos en vuestras casas, esperando la óptima cosecha, que será vuestra obra.

Entretanto, ¡sembrad! ¡Sembrad, sin tregua ni descansos! Que no hay semilla que resulte estéril cuando cae en buen terreno, ni hay idea que no fructifique, si la razón y la fe abren el surco en que cae.

E. TOMAS Y ANDREU

UN ARGUMENTO

COMO rico... ¡vaya si era rico el tal don Pancho! Al menos pasaba por ser el más rico de la capital Y eso que ésta era de las pocas que sostenían la fama de ricas, que desde tiempo inmemorial gozaba, gracias al trabajo, ingenio y buenas costumbres de la mayoría de sus habitantes.

Las gentes desocupadas y las que no lo estaban, en sus pequeños ratos de ocio, habían calculado... que no podía calcularse el fortún que don Pancho guardaba en su palacio, y los más enterados ó que creían estarlo más, se recreaban en amontonar, en su imaginación por supuesto, las infinitas talegas llenas de oro que aquel Creso atesoraba, y deducir después, inocentemente, las mil y pico de cosas que con todo aquello podrían hacer, suponiendo que á sus manos se viniera por arte de Birli Birloque.

Don Pancho, había llegado á ser el prototipo de la riqueza, y el término de comparación obligado siempre que de gente adinerada se trataba; su nombre gozaba de la popularidad de los reyes, y no cedería ante ellos en doblones, seguramente; era el punto de mira de toda la población, y si fuera cierto que los oídos de las personas chillan cuando estas andan en lenguas de alguién, ¡me río yo del ruido de las masas orquestales de Wagner, ante el que sufrirían de día y noche los pobres tímpanos del rico don Pancho!

Había el bueno de mi hombre conseguido, además de su fortuna, que resultaba una bonita adquisición, fama de « tener cosas ». Realmente, después del dinero, es de lo primerito que debe procurarse quien se estime en algo, y quiera lograr un puesto superior, al de los demás mortales.

Con « cosas », un hombre puede considerarse dueño absoluto del terreno que pisa, de suerte que ¡calculen ustedes lo que podría el don Pancho de mi cuento, con cosas y dinero!

Pues podría, sencillamente, tenerlo y no gastarlo, que era lo que al parecer se había propuesto, á juzgar por el poco uso que hacía de sus metales, así se lo pidieran recoletos descalzos.

Quiero decir, que no tenía entre sus vicios el del despilfarro ni mucho menos, y que antes de sacar una peseta de su bolsillo, lo pensaba mucho, lo volvía á pensar, y con frecuencia la dejaba sin que le viera el sol, en el sitio mismo en que la tenía. Una virtud á toda prueba.

pre, era pensar en el fortún colosal de don Pancho, y á él acudieron, aun llevando en la conciencia el firme convencimiento de que de la entrevista, si la lograban, habrían de sacar, poco menos poco más, lo que el negro del sermón.



LIMOSNAS PARA LA VIRGEN. — Cuadro de F. SANS CASTAÑO.

II

Digno pendant de don Pancho, era doña Mariquita, la mujer más pizpereta, movediza, intrigantuela y amiga de hacer favores, que ha parido madre.

Figuraba en todas las asociaciones benéficas y no benéficas, en las listas de todos los abonos, en las reseñas de todos los bailes, en las mesas petitorias de todos los templos.

Como no hay función sin tarasca, podía asegurarse que no se movía la hoja en el árbol, sin que doña Mariquita tuviera en ello parte más ó menos activa. Era la mujer indispensable. Y no se crea, por lo que llevo dicho, que la tal señora fuese una arpía digna de figurar en los aquelares de las brujas, y que su tipo reclamaba la escoba consabida, para cabalgar sobre ella, y visitar en tal forma los mochuelos de las torres y campanarios, y sorberse el aceite de las lamparillas. Nada de eso. Era una señora fina, elegante, de modales aristocráticos y vestidos primorosos, de excelente palmito y agradable conversación; argumentos todos indispensables, si bien se fijan ustedes, para lograr en una sociedad tan frívola como la nuestra, el puesto que había conquistado puede decirse que por derecho propio; haciéndose respetar y aun querer de todos, y dando ocasión justificada por su actividad, energía y talento, á que más de una vez se le aplicase aquella frase célebre de:

— ¡Es mucho hombre esta mujer!...

Pues señor, que sucedió un día lo que con frecuencia desconsoladora ocurre en el mundo: una catástrofe. Pero no se crean ustedes que una catástrofe de tres al cuarto, sino de esas que commueven las entrañas de los aduquines, y que no podía por menos de lacerar el corazón sensible de doña Mariquita. Creo que se trataba de unas inundaciones espantosas, ó de un incendio no menos espantoso, ó... como me dice el que me proporciona estos recuerdos, de algo parecido.

Y... ¡allí deberían ustedes haber visto á doña Mariquita, desplegando todas sus artes, todas sus mañas, todos los poderosos medios que la sugerían sus caritativos sentimientos, para sablear al prójimo, en beneficio de los damnificados!

Durante unos días, se consagró por completo á mitigar penas, prodigar



CLAVELAS PARA EL BALCÓN. — Cuadro de F. SANS CASTAÑO.

¡Y que no había tenido el hombre ocasiones de ponerla en la piedra de toque! Porque ¡es claro! el desvalido, el emprendedor, el que busca la limosna, como el que quiere un consocio; todos, en fin, los necesitados de ayuda, protección, sombra ó dinero; lo primero que habían hecho siem-

consuelos, enjugar lágrimas. ¡Hermosa tarea! Doña Mariquita era la encarnación del ángel de la caridad, y puede asegurarse que ni comió, ni durmió, ni descansó, pensando sólo en los medios de practicar la más hermosa de las virtudes.

Organizó tómbolas, dispuso rifas, abrió suscripciones, con una decisión, un heroísmo y una buena voluntad, que no había más que pedir. Para ella — según decía, — no hubiera pedido jamás un pedazo de pan; pero para los pobres, todo á todo el mundo.

Y unos por verdadera vocación, otros por darse tonos de filántropos, muchos por complacer á una dama y el resto por quitársela de encima, es

el caso que doña Mariquita consiguió donativos de gran importancia y no poco valor, para los pobrecitos que, gracias á ella, se vieron en parte compensados de las desgracias sufridas.

Pero doña Mariquita no estaba satisfecha; necesitaba más que todo aquello, y se acordó de que había dejado en el tintero la petición obligada, al poderoso, al opulento, al incomparable don Pancho.

Y como doña Mariquita era la pólvora misma, pensada la cosa no tubió en ponerla en práctica, antes que el relente de la noche pudiese enfriar los entusiasmos.

Y fué á verle inmediatamente.

E. ALVAREZ DUMONT



FIESTA POPULAR DE LA SANTA CRUZ, EN MADRID

Juzgo curioso relatar á los lectores la serie de argumentos, súplicas y elocuencias que la señora empleó, para conmovir el ánimo del ricacho. Le pintó con los colores más vivos, la tremenda desgracia que quería enjugar; le habló de lo poco que significan las riquezas de la tierra, ante los dones del cielo; le tocó su cuerda sensible, haciéndole comprender que hasta haría un buen negocio, puesto que Dios paga centuplicado lo que á los pobres se entrega; y no dejó tampoco, como último recurso oratorio, de soltar alguna lagrimita, ante la cual don Pancho no pudo resistir más... y haciendo un esfuerzo heroico, se levantó de su amplio sillón y se encaminó á su caja de caudales.

¡Lo que no consigue una mujer cuando llora!...

Y el poderoso, con aire de suprema é infinita protección, deslizó en la

mano enguantada de doña Mariquita, para la suscripción abierta por la misma, un billetito de veinticinco pesetas.

Doña Mariquita, al ver aquella ruindad con que se pagaba su oratoria y su llanto, se sintió por primera vez en su larga vida de dama caritativa, con ánimo de despreciar aquella limosna y arrojársela al rostro del donante. Pero su educación pudo más que sus instintos, y se limitó á decirle:

— Por Dios, don Pancho, ¿se atreve usted á darme esta misera cantidad? Su hijo de usted siquiera se ha portado mejor, y me ha dado quinientas pesetas.

— ¡Ah! — respondió el tacaño, — es que mi hijo puede permitirse esos despilfarros, porque tiene un padre rico. ¡Y yo, no!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

JULIO BORRELL



CABEZA DE ESTUDIO